

EL ARCO DE ORO

Esta historia ocurrió allá por el siglo XIV, era el año 1340, en una villa tranquila en medio de la extensa llanura, llamada Belmonte, que según cuenta la leyenda su nombre le viene de Bellomonte, pues en ella se levantaba un monte repleto de encinas, era un monte magnífico, muy bello. El señor de la villa por aquel entonces era el Infante D. Juan Manuel, nieto del rey Fernando III al que llamaban El Santo. Este gran señor pasaba largas temporadas en la villa, donde se había construido un majestuoso palacio junto a la iglesia, además de rodear el pequeño pueblo con una muralla de yeso y piedra. D. Juan Manuel era amante de la caza, y de los libros, fue un gran escritor de cuentos llenos de sabiduría y grandes enseñanzas, como uno que tituló, "Cuentos del Conde Lucanor", que según la tradición escribió en esta villa, la cual le servía como fuente de inspiración.

En su tiempo libre, se dedicaba a una de sus grandes aficiones, la caza, por ello organizaba grandes cacerías, en las que participaban personajes ilustres, a los que él invitaba, y hacía que todas fueran auténticas fiestas. Todos a caballo, cruzando el frondoso bosque de encinas que se encontraban muy cerca de la bonita villa, acompañados de sus criados que iban a pie, estirando de las mulas cargadas de ricas viandas, pues hacían comidas campestres con música y juegos. Estas fiestas de la caza que organizaba Don Juan Manuel eran conocidas por todos los grandes señores de los marquesados y señoríos colindantes.

Un día, por el frío mes de Diciembre, D. Juan Manuel partió con su séquito, para ir a cazar, iba a lomos de "Fogoso", era un caballo negro, con larga y brillante cola, al igual que la crin, cuando...adentrados ya en el bosque, sin saber por qué razón Fogoso se puso muy nervioso, y comenzó a galopar a toda velocidad, Don Juan no podía controlarlo, iba desbocado, y nadie sabía por qué. Perdieron de vista a D. Juan al instante, y todos se quedaron atónitos, no sabían que hacer, nadie comprendía nada. El caballo estuvo galopando sin parar hasta que

anocheció, D. Juan iba exhausto, y cuando el caballo paró, él se desplomó contra el suelo, y quedó inconsciente. Cuando recobró el conocimiento, se encontró tirado en el suelo, estaba aturdido, no sabía dónde se encontraba y Fogoso había desaparecido, pero a su lado estaba sentado en el viejo tronco de un árbol caído, un señor muy anciano, con un pelo largo y canoso al igual que la barba, tenía entre sus manos un robusto bastón, vestía con una túnica de color gris, estaba viejo y sucio como él. Ese señor le estaba mirando, y Don Juan Manuel asustado le preguntó:

- ¿Quién sois vos? ¿No sabéis que solamente yo puedo estar en este bosque? ¿Qué me habéis hecho?

El anciano señor le contestó con voz suave y calmada:

- Yo sé que no permitís a nadie venir a cazar y a cortar leña al bosque, sólo podéis vos y vuestros invitados, pero yo no he venido a eso, ni tampoco le he hecho nada a vuestra merced, solamente le he estado observando.

Don Juan Manuel replicó extrañado:

- ¿Por qué?

El anciano contestó:

- Esperaba que despertaseis, y mientras eso ocurría, observaba el orgullo que refleja vuestro rostro, y por ello habéis sido elegido para cumplir una importante misión, porque debéis cambiar de actitud hacia vuestro pueblo, pues estáis haciéndolo sufrir, lo oprimís, y vos sufriréis también en un futuro como no cumplías la misión.

Don Juan Manuel, atónito, preguntó:

- ¿Qué misión?

Y el anciano dijo muy sereno:

- Veréis mi querido Don Juan, yo soy el Espíritu de la humildad y la pobreza, y he venido a encomendaros una labor muy difícil para vos, pero por la que recibiréis una gran recompensa, no de dinero, sino de algo infinitamente mejor, como es el amor y el cariño de todo vuestro pueblo. Para ello, cómo buen cazador que sois, deberéis entregar todas las piezas de caza que capturéis, a las gentes del pueblo, en vez de hacer esos grandes festines campestres, en los que invitáis a vuestros ricos amigos, en los que destrozan comida y vino, pues están hartos de los ricos manjares que tanta falta le hacen a vuestro pueblo, pues como sabéis, llevan años sufriendo una fuerte sequía, los graneros están vacíos, y no tienen nada para llevarse a la boca, y vuestra merced lo sabe, y no hace nada para remediarlo, y vuestras gentes están muriendo.

Don Juan Manuel se quedó pensando por unos instantes, no se lo podía creer, eso no podía estar pasando, ¿qué le estaba diciendo ese anciano señor?, ¿ahora tendría que alimentar él a todo el pueblo?, ¿ser él el siervo de todos?,. Porque él era orgulloso, le gustaba infundir admiración, ser él el más importante, y la gente del pueblo no lo quería por su falta de humildad, porque no le hablaba a nadie, ni les ayudaba, sólo daba órdenes, y gritaba, “¡no oséis cruzaros por mi camino!, cuando paseaba por el pueblo a caballo.

De repente comenzó a tener una visión, iba a una de sus grandes cacerías, pero ésta era especial, porque iba más gente que nunca, y había nobles a los que nunca había invitado, era algo extraordinario, y de pronto llegan al bosque, empieza la caza y él no le daba a ninguna pieza, y empezó a ser el objeto de burlas y mofas, pero él insistió en cazar, uno y otro día, y sus nobles invitados, hartos de su desmesurado orgullo, lo abandonaban, se marchaban burlándose y se quedaba solo, nadie de sus amigos quería volver a verlo, porque Don Juan desafiaba a todos, decía que él cazaba más que nadie, él era el mejor, y hasta sus amigos más cercanos se hartaron de su soberbia que iba en aumento cada día más. De pronto la visión

cambió de escenario, su majestuoso palacio estaba siendo devastado por las gentes del pueblo que se habían levantado contra él, y habían tomado el majestuoso palacio por la fuerza, saqueaban todo lo que encontraban, sus joyas, sus ricas telas, adornos, las cortinas de la India, etc., todo se lo habían llevado, lo único que no profanaron era la capilla del palacio, porque la gente del pueblo era muy creyente y amaban a Dios y le tenían gran respeto, a él lo habían cogido preso y lo tenían atado en medio de la Plaza del pueblo, era una plaza enorme, con dos majestuosos pilares de agua fresca y clara, uno a cada lado de la plaza, y allí le escupían, le tiraban tomates podridos a la cara, y le decían en tono de burla mientras le hacían reverencias:

- ¿Vuestra merced no se ríe ahora de nosotros? ¿No pedís ayuda? ¿No dais órdenes?

Luego lo llevaron al pilón de uno de los pilares de la plaza, y lo tiraron al agua, él tiritaba de frío, pues era invierno, y nadie le ayudaba, sólo reían, y de pronto alguien dijo:

- ¡Vamos, llevémoslo a la hora!

Y todos a una contestaron:

- ¡Sí, vamos, vamos!

Entonces, él dio un grito de desesperación y todo desapareció, y volvió a encontrarse otra vez junto al anciano, y asustado le preguntó:

- ¿Qué ha pasado?

El anciano le dijo con tono amenazante:

- Ése es vuestro futuro, si no hacéis lo que os mando. Y ahora vuestra merced decide. Os entregaré un arco de oro, es mágico, con él no se os escapará ni una pieza de caza, y cada pieza que matéis se multiplicará por doscientos.

Y el anciano señor desapareció. Don Juan Manuel se quedó solo, y un arco de oro a su lado, tal como le dijo el anciano. De pronto oyó relinchar un caballo, ¡era Fogoso!, estaba también a su lado, lo acarició en la frente mientras le decía:

- ¿Dónde has estado, campeón? Me dejaste solo, marchémonos a palacio de una vez.

Se montó en el caballo, y se dirigió a palacio lentamente y pensativo, estaba amaneciendo, toda la servidumbre había estado toda la noche en vela, al ver que el señor no había llegado, algunos vasallos habían salido a buscarlo. Cuando llegó, vio el gran revuelo que se había montado en palacio por su sorprendente desaparición, pero él no habló, no dijo nada, y se dirigió a sus aposentos con el arco de oro cargado en el hombro derecho. Solamente habló para decir que no le molestara nadie, se encerró con llave, y estuvo dos días sin salir de su habitación y sin comer, estuvo meditando sobre lo ocurrido en el bosque, las palabras de aquel anciano, la visión que tuvo..., y de pronto le vino a la mente una gran idea, pensó ¡esto es lo mejor que me ha pasado, me voy a convertir en el mejor cazador del mundo!, todos van a querer venir a mis cacerías, pues con este arco de oro no fallaré, ahora sí que seré importante y famoso, y desafiaré a todos y ganaré más dinero con las apuestas. Don Juan Manuel empezó a ilusionarse, y a pensar en utilizar el arco de oro para prestigio de él, y se volvía a olvidar de lo realmente importante, el hambre que estaba pasando su pueblo, y también de lo que le pasaría si no cumplía su misión.

El anciano no le dijo que el hechizo del arco de oro sólo funcionaba si su mente y su corazón realmente cazaban para alimentar a su pueblo. No funcionaría si en su mente y su corazón sólo había orgullo y cazaba para demostrar su gran puntería, demostrar que él era el mejor, adquirir fama y prestigio, celebrar las grandes fiestas.

Por lo que Don Juan Manuel convocó a los grandes señores para una cacería, y en la carta de invitación esta vez añadió..."Esta será una cacería inolvidable, pues les demostraré mi gran destreza con el arco, por lo que no fallaré ni una pieza, y mataré más piezas que vos".

Era todo un desafío, hería el orgullo de cualquier noble señor amante de la caza.

Esa cacería causó gran expectación, por lo que no faltó nadie a la cita. Llegó el esperado día, y todos los ilustres señores se congregaron montados en sus mejores caballos engalanados con las más ricas telas y adornos, junto con un numeroso séquito de vasallos.

Todos se encontraban reunidos en el gran patio exterior del palacio, que estaba junto a la iglesia, de donde partieron, Don Juan Manuel encabezaba la caravana, a lomos de Fogoso, pero ese día quiso mostrar al pueblo su fama y prestigio, y por ello hizo un recorrido por las mejores calles del pueblo, además de hacer un alto en la plaza, donde dieron de beber agua fresca a las bestias, en uno de los pilares, el cual tenía dos gruesos caños, de los que salía incesantemente el agua fresca, que caía a un gran pilón que siempre se encontraba lleno, menos ese año, debido a la sequía, por lo que cubría dos palmos de altura del pilón. Pues bien, partieron del gran patio exterior, y por detrás de la iglesia salieron a una calle que bajaba a la gran plaza, y desde allí la caravana continuó por una de las calles más anchas, por la que transcurría un arroyo, morada de rechonchas ranas, que con su croa, croa, amenizaban los atardeceres, y salieron hacia el espeso bosque de encinas, era de gran extensión, leguas y leguas había que recorrer para cruzarlo, estaba verde todo el año, y lleno de vida, era un bosque muy alegre.

Una vez que entraron en el bosque comenzaron a cazar, pero aquí llegó la sorpresa de Don Juan Manuel, por más que apuntaba, no le daba a ninguna pieza, así durante todo el día, por lo que fue la humillación más grande de su vida, todos se reían de él, y se mofaban diciéndole:

- ¿Qué decíais vos, qué ibais a cazar, cuántas piezas?...

Desesperado ordenó regresar, y camino de palacio se acordó de la visión y se dio cuenta de que esto iba en serio, se estaba cumpliendo parte de esa visión que tuvo. Los

invitados estaban muy enojados con él, y Don Juan Manuel antes de despedirlos empezó a pedir perdón, algo que extrañó a todos porque nunca lo había hecho, jamás pedía perdón, su orgullo no le dejaba, y les prometió que no volvería a tratarlos con esa soberbia, se puso de rodillas, algo que les dejó realmente sorprendidos, Don Juan Manuel de rodillas pidiéndoles perdón, no lo pudieron creer, por lo que lo perdonaron. Pero quedaba otra deuda pendiente, la más difícil, y era lograr el perdón de su pueblo y ganarse su cariño, y era difícil porque debía conseguirlo humildemente, haciendo el bien en secreto y sin esperar nada a cambio, aparte de cambiar su actitud orgullosa, a una actitud más humilde y sencilla.

Cuando ya se habían ido los invitados, se encerró en sus aposentos asustado, no podía permitir que la gente acabara odiándolo, y el pueblo lo matara, su cuerpo temblaba de miedo, y estaba totalmente arrepentido de su soberbia actitud y crueldad. Pero esa noche tuvo un sueño, y el anciano le hablaba, le decía:

- Confiad en el arco que os di, él logrará el cariño del pueblo para vos, hoy os falló porque lo usasteis para lucro y prestigio vuestro, no para hacer el bien a quien lo necesita, pues ese arco de oro es el arco de la humildad y del bien y sólo funciona si realmente vuestra mente y vuestro corazón quieren hacer el bien, y en secreto, sin que nadie os vea.

Don Juan Manuel despertó, y comprendió la lección, había sido muy soberbio y orgulloso, había estado a punto de perder a sus amigos, y todo su pueblo lo odiaba hasta la muerte. Había utilizado el arco de la humildad y el bien sólo para su orgullo y prestigio, y comprendió que no funcionaba el hechizo.

Antes de amanecer y sin avisar a nadie, partió con Fogoso y el arco de oro al hombro, se adentró en el bosque, y comenzó a cazar. Era algo increíble, mataba un conejo y brotaban por arte de magia doscientos más, y así con todas las piezas, y como no pensaba que se podía cazar tanto y tan rápido, aunque se lo había dicho el anciano, sólo llevó su caballo, y no podía

llevarse al pueblo el montón de piezas cazadas, por lo que regresó a palacio y volvió con un carro, pero sin decir nada a nadie, y sin que nadie lo viera, pues todo debía ser en secreto, nadie podía saberlo. Cargó el carro, ya faltaba poco para el amanecer, por lo que se apresuró, llegó a la plaza y dejó el carro sin que nadie lo viera, y se marchó.

Cuando amaneció la gente salió de sus casas, y se llevaron una gran sorpresa, encontraron el carro cargado de comida, nadie se explicaba cómo llegó ese carro ahí, y esto siguió ocurriendo, al amanecer siempre había un carro cargado con caza en distintas calles del pueblo, por lo que resultaba complicado averiguar quién era la noble persona que les daba de comer, también porque Don Juan Manuel ponía un cartel en los carros que decía, "Apacigüad vuestra curiosidad, pues si osara alguno de vosotros espiar, no volveréis a ver ningún carro más". Nadie se atrevía a espiar, por miedo a perder la comida tan necesaria.

Pero Florencio sí se atrevió, quería descubrir quién era la bondadosa persona que les daba de comer de esa forma tan humilde, sin esperar nada a cambio. Florencio era un muchacho muy vivo, alegre, y bueno, tenía 14 años, su padre tenía 40 ovejas, y ayudaba a su padre a ordeñarlas y a hacer ricos quesos, que luego vendían en los mercados. Vivía en la gran plaza del pueblo, su familia era humilde y sencilla, él solo quería saber quién traía ese carro todas las noches para darle las gracias por tan noble acción, pues le estaba salvando la vida a todos, por lo que su gran curiosidad le llevó a observar todas las noches por la ventana, así se pasó muchas noches en vela, y luego cuando iba a pastar las ovejas se dormía, gracias que tenía una perrita muy lista, se llamaba Luna, que le ayudaba a controlar las ovejas, y podía dormir tranquilo, pues Luna no permitía que se alejaran las ovejas de él, y que nadie se acercara a ellas, porque rápidamente ladraba y él despertaba.

Una noche, estaba muy desanimado, pensaba que nunca sabría quién traía el carro, pero de pronto alguien llegó con el carro, iba tapado con una capa y una capucha por la cabeza, pero hacía mucho viento esa noche, y la capucha cayó sobre los hombros de aquel

misterioso señor, al cual al instante reconoció, abrió bien los ojos, no lo podía creer, era el señor, ¡Don Juan Manuel!.

A la mañana siguiente, cuando todos salieron a por la comida, él lo contó, la gente no se lo podía creer, pero Florencio era un muchacho bueno, que nunca mintió, y menos en esto.

Todos estaban sorprendidos por esa noble acción de Don Juan Manuel, aunque ya habían notado un cambio en su actitud, pues les iba saludando cuando bajaba al pueblo, ya no les insultaba, ni les gritaba, y ahora cazaba para ellos y gracias a él podían comer todos los días, aunque nunca comprendieron cómo conseguía cazar tanto en tan poco tiempo, ni de dónde conseguía tanta caza, pues no había tanta como para estar alimentando a un pueblo durante tanto tiempo.

Muy contentos decidieron darle las gracias a Don Juan Manuel, y para ello cada uno elaboró con sus manos, utensilios y alimentos, como ellos sabía hacer muy bien. Florencio un rico queso, Timoteo, unas sandalias, Doña Lola le tejió un bonito abrigo, y a todos les suponía un esfuerzo económico grande, pues eran muy pobres, pero a ellos no les importaba, porque querían dar las gracias por salvarles la vida, y todos juntos le llevaron en procesión sus presentes a palacio. Cuando Don Juan Manuel los vio llegar preguntó a su secretario:

- ¿Qué vienen a pedir?.

Y el secretario le dijo:

- No, vienen a dar.

Él rápidamente comprendió que lo habían descubierto, no por curiosidad, sino para darle las gracias, y por ello el hechizo no se rompió, y también comprendió que las gentes del pueblo, sencillas y pobres, tenían gran corazón, y sabían agradecer las buenas acciones, y se dio cuenta que estaba equivocado, porque él pensaba que al ser pobres e inferiores a él no merecían ni que les dirigiese el saludo, pues eran siervos, eran como animalillos para él, pero se dio cuenta de que eran personas con gran corazón y sentimientos, y que era mejor tener el amor y el cariño de sus gentes, que la admiración por sus lujos y riquezas, y desde entonces se

convirtió en el gran amigo humilde de los belmonteños, y vivió muy feliz rodeado de gran cariño, y se acordó de la recompensa que, como le dijo el anciano señor, era más valiosa que todas las riquezas del mundo, y que entonces no comprendió.